



CIUDADES

Territorios de la vida en común, de la extraordinaria y alienada Buenos Aires, pero esta vez, bajo otra luz, bajo miradas que registran experiencias de una vecindad crispada y paranoica. Unas preguntas, las nuestras, quizás demasiado atormentadas por los espectros de un pasado que busca ser acallado por la presencia de profusas regulaciones biopolíticas; unas intervenciones que, en el impulso mismo de esos anhelos de otra ciudad, interpelan las supuestas eficacias de los controles globales y se interrogan por esas máquinas societales que no cesan de alisar rugosidades en su intento denodado por conjurar toda demora que interfiera en el tránsito de algunos pocos hacia la vida feliz. Escrituras, estas que proponemos aquí, que registran los indicios de una lógica que bajo las figuras nuevas de la arquitectura urbana apuesta sin más a un habitar desanclado, lejos de las rispideces que la vieja existencia metropolitana alguna vez pensó bajo la cifra de lo comunitario y que ahora trata de expulsar. Escrituras que registran los sueños de unos pocos, pero que sobre todo invocan el derrotero de los muchos, de esas vidas que se inscriben en el medio de esta ciudad para sufrirla y gozarla de otro modo. Se trata pues, de ciudades en pugna, ciudades que, dentro de la misma ciudad, se recelan en la intersección de pasados que no pasan, que se metamorfosean en virtud de una mezcla inevitable, que no pueden más que sucumbir ante el tratamiento inconsciente de las palabras acalladas, ante los porvenires ni siquiera bocetados en el devenir lento del concepto, ante esos porvenires que vemos perfilarse en las ficciones urbanas que ya se alojan, borrosas pero persistentes, entre nosotros.

CIUDADES

BUENOS AIRES, LA EXPERIENCIA DESQUICIANTE

POR Mariana Santángelo y Gabriel D'lorio

Esta Ciudad (pensé) es tan horrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir, y de algún modo compromete los astros. Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz.

Jorge Luis Borges, *El inmortal*

Una ciudad inestable y atroz reposa muda y quieta, dentro o debajo de las otras,

Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*

1.

Las representaciones y experiencias que los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires tienen de su propia metrópoli no suelen vincularse, salvo raras excepciones, con prácticas cotidianas que tomen al Río de la Plata o su extensa ribera como espacio de sentido y referencia. La ciudad aparece pensada en tal gesto como un territorio cuyo emplazamiento topográfico parece establecer un hilo de continuidad más con la *pampa* y su horizonte sin mensura que con el ir y venir de las aguas rioplatenses. Es ya un lugar común

decir o escuchar que la ciudad creció dándole la espalda a su río. En este sentido, las construcciones y los corredores viales que corren paralelos a él no son otra cosa que parámetros indiciarios de una realidad que tiene otras tantas maneras de comprobarse en las efectivas sensaciones de ajenidad y extrañeza que produce todo intento de tener una experiencia fecunda con *el río sin orillas*.

No tiene Buenos Aires una solución de su costa como la del vecino Montevideo, donde la playa está incorporada a la ciudad y ésta y sus artefactos van descendiendo armoniosamente hacia el agua. Menos aun el río funciona como lugar de reunión o como corazón urbano: lo sucedido con uno de sus afluentes más importantes –el Riachuelo en toda su extensión– da cuenta manifiestamente de este fenómeno. Ni lugar comunitario ni vehículo de progreso, el Riachuelo está allí ante todo como límite cultural y político que separa un adentro capitalino de un afuera conurbano; frontera en estado de descomposición incesantemente renovado, este afluente marca en todo caso los *contornos* de una extraña comunidad hacia un interior que, separándose de esa gran serpiente urbana que creció concéntricamente a su alrededor, sueña despierta la alucinación del invernadero propio, el paisaje de una improbable inmunización de los restos de una patria industrial que, agazapada, todavía promete alguna acechanza.

El Río de la Plata por su extensión, por las características urbanas y culturales que forjaron nuestros modos de dialogar existencialmente con él, ha denegado entonces el tipo de experiencia que un río de ciudad permite a sus habitantes: el tránsito entre sus orillas y el pasaje por puentes o accesos que comuniquen una ribera con otra. Quien lo hace, lo que logra –y debe usar un medio de transporte bastante particular– es quedar fuera del territorio nacional, de modo que nuestro río lejos de permitir esa práctica, es –él también– un río de frontera, una frontera extraña, una frontera sin orillas visibles, un horizonte metafísico que gobierna la mirada y reduplica la melancolía ribereña al señalar un afuera sin límites precisos y un adentro de fríos y escasos amparos.

2.

Hasta hace algunos años pasear por la Costanera o por los terrenos colindantes al río (los pertenecientes al ferrocarril en Retiro, la zona fantasmática de la Casa de la Moneda o el lugar central de la Casa Rosada hacia el río, repleto de obstáculos que niegan el afán marino de ese Colón que pusieron a sus espaldas), era observar un clima desolador en el que no sólo se evidenciaban los pocos proyectos urbanos de incorporación del río a la ciudad sino un mapa de lugares antes productivos del que ahora quedaban poco menos que escombros o armazones vacíos y herrumbrosos. Pero ese paisaje comenzaría a modificarse desde 1989, cuando en una inusual estrategia el Estado decide actuar con capitales e inversores privados para “sanear” la zona y desarrollar la renta inmobiliaria del lugar con el temprano proyecto de Puerto Madero.

Este plan urbano que pretendía recuperar una vieja zona portuaria en desuso para la ciudad, a través del desarrollo de inmuebles residenciales y de servicios y de espacios públicos abiertos a todos, terminó siendo entregado a los sectores más enriquecidos de la sociedad que construyeron un conglomerado que se destaca y se distingue de otras zonas ya ricas, ya vulnerables de la Capital. Hasta ahora, el potencial comunitario y público de Puerto Madero ha sido bastante escaso, si es que en la idea de público y comunidad pretendemos incluir a algunos más que a los señores y señoritas que bajan a comer y esparcirse luego de una agotadora jornada en algún edificio de la City.

Pero hay algo más, algo que quizás se revele decisivo para todo pensamiento de lo común que se interrogue sobre los efectos reales de este tipo de intervención y revalorización de la ribera porteña. Hay algo sombrío en el territorio elegido por el capital inmobiliario para llevar a cabo sus tradicionales especulaciones y sus negocios millonarios. Entre las luces de esta “nueva ciudad” que ahora le da la espalda a la vieja y de la cual parece querer desligarse para siempre como un lastre que no la deja circular por las tranquilas “aguas de la libertad”³ —en un movimiento que busca ahondar el mismo gesto que, tal como señalábamos antes, la capital durante décadas había intentado realizar respecto del cinturón humano que la rodea

más allá del Riachuelo—, hay algo que la corroe y, por añadidura, corroe a Buenos Aires toda: esta ciudadela nueva se alza cínica y espectacularmente frente a un *río de muerte*.

3.

El Río de la Plata es también, en su vastedad intimidante, un *cementerio húmedo* en que las marcas imposibles de la desaparición se agravan. El Río de la Plata es también, y quizás sobre todo, un depósito “húmedo” de cuerpos tirados desde el aire que difiere interminablemente la cicatriz comunitaria que todo pueblo puede hallar en sus cementerios y en los lugares que elige para sus muertos, sus héroes, sus víctimas, pues evitar criminalmente el *in-humare* significa nada más y nada menos que sustraer el basamento ineludible de toda idea de humanidad comunitaria.

Es preciso interrogarse entonces por los efectos de este cementerio ya que no se trata sólo de haberle dado la espalda al río: se han desconocido los rasgos mínimos de todo posible *ethos* al darle también la espalda a los cuerpos disueltos en la anchura física y metafísica del Río de la Plata. Es necesario preguntarse, además, si en ese gesto de tirar *clandestinamente* cuerpos inermes al río no se han disuelto también rasgos mínimos de toda estatalidad posible, toda vez que entendamos al Estado-Nación vinculado necesariamente a la estructuración de lo público, a la estabilización y emplazamiento de un territorio para la vida y la muerte en común. En efecto, ¿qué es lo que se niega cuando se reemplaza la materialidad de la tierra por la opción movediza y corrosiva de las aguas?, y más importante aun, ¿qué sucede cuando en las orillas de ese *cementerio imposible*, el mismo Estado que *licuó* más de un rasgo de la propia estatalidad se desplaza impune para garantizar que el área se convierta en un lugar de “ingreso y salida de productos transables, servicios y personas” acordes a las nuevas necesidades del capitalismo global?

Es cuanto menos evidente que hay un diálogo opaco, siniestro y oscuro entre esas aguas y esa nueva forma de habitar esa ribera, sus habitantes y nuevos propietarios. Opaco, porque la *desmemoria* del río quizá no permita ver que esas aguas no hacen otra cosa que lavar

una derrota para que una cierta y victoriosa manera de habitar la orilla siga alzando y alzando su cuerpo cada vez más arriba. Siniestro, porque las *memorias* de ese pasado se tramitan en el trazado de una cuadrícula urbana aséptica, *limpia*, con calles cuyos nombres incluyen y celebran a reconocidas luchadoras sociales y políticas. Oscuro, porque ese nuevo cuerpo acomodado no puede entenderse sin la composición sombría y turbia de las aguas que lo bañan.

Resulta inquietante entonces observar cómo este aparentemente novedoso y progresivo espacio urbano cifra la tensión entre los *venidos* y los *ganadores* del proyecto dictatorial hasta efectuar una disolución aparente de todo conflicto y, concomitantemente, un *alisamiento* de toda rugosidad del pasado. De ahí que debamos preguntarnos: ¿qué significa recuperar *esa* ribera rioplatense?, ¿de qué modos han diluido sus agentes actuales la presencia de ese río para poder ahora festejarlo?, ¿qué tipo de *ethos* se ha establecido en esta particular reordenación del suelo respecto del río que tiene enfrente?, ¿cómo han cicatrizado esa herida siempre húmeda para habilitar una nueva forma de vida en común bastante diferente a la propuesta por aquellos que ahora forman su indecible lecho fluvial?⁴

4.

Los efectos de la *operación* Puerto Madero sobre los vínculos comunitarios son innumerables, se desplazan por toda la “ciudad vieja” impregnando a esa otra Buenos Aires que se debate entre un pasado que la aguarda en cada esquina y un presente que promete ropajes de novedad parcelada, protegida, de consumos gozosos. En este sentido, si Puerto Madero es el proyecto de una *ciudad feliz*, el sueño del invernadero propio de unas clases propietarias que buscan darle la espalda de una buena vez a la vieja ciudad para mirar extasiadas y de frente a *su* río —y con ello negar otras miradas sobre el carácter real de *nuestro* río—, la ciudad de Buenos Aires es la realidad de una *ciudad infeliz*, impotente, que estalla continuamente ante la exigencia desquiciante que imponen los mecanismos de “convivencia” líquida, dispositivos que reclaman el fin de toda rugosidad o solidez intempestiva, de cualquier mediación, de toda demora.

La impotencia de la ciudad vieja se revela, por un lado, en la dificultad misma de elaborar públicamente sus densas tradiciones y, sobre todo, su reciente y traumático pasado. Pero se observa aún más en su intento de negar las raíces del carácter perennemente conflictivo de la vida ciudadana. Expulsar el pasado y sus fantasmas, desterrar el conflicto y sus demoras, en suma, *mirar para adelante*, como lo hacen los nuevos propietarios de la ribera con *su* río, son las máximas nuevas de una Buenos Aires que, hecha de puros fragmentos, naufraga sin *proyectos comunes*.⁵

Si esta exigencia nos resulta *desquiciante* no es tanto porque carezca de racionalidad: se trata, por el contrario, de una racionalidad que es preciso entender y enfrentar, una racionalidad que busca licuar, o mejor, *liquidar*, cualquier lazo que no sea el que propone la lógica metropolitana de los negocios turísticos e inmobiliarios, para la cual el único pasado posible es el que se puede transformar en mercancía cultural y el único conflicto aceptable es el que resulta pasible de ser tabulado como paseo para turistas deseosos de aventuras controladas.

Es en este punto que quizás sea necesario comenzar a elaborar una hipótesis de lectura sobre la relación entre estas “dos ciudades”, pues según nuestro modo de ver al olvido del *cementerio húmedo* sobre el que se levanta Puerto Madero es preciso añadirle hoy un pensamiento respecto de las eficacias mortuorias que lo conectan a la vida cotidiana de la vieja Buenos Aires; dicho aun más crudamente: para *nosotros* ya no es siquiera posible pensar en los *cuerpos* arrojados al Río de la Plata desligándolos de las *siluetas* impresas en el asfalto de nuestras prácticas ciudadanas.

5.

Desde esta perspectiva quizá pueda entenderse la funesta intolerancia que, como reverso de la incapacidad colectiva para resolver problemas mínimos, expresa una existencia en común que no ha cesado de negar el estatuto de sus propios muertos y, sobre todo, sus invisibles ligaduras con nuestra actualidad. Esta intolerancia reconoce hoy sus modos más crispados en los variados y diversos estallidos

microsociales que se producen sobre los territorios céntricos de nuestra ciudad, pero adquiere un tono singular en el sector de servicios de transporte público. En efecto, subtes, trenes, taxis, aviones, colectivos, estaciones, paradas, calles, oficinas, mostradores, terminales, son los escenarios bajo los cuales cotidianamente se despliegan unas violencias que, en nombre de la nueva y líquida figura del *usuario*, parecen expresar algo más profundo que aquello que superficialmente denotan. Pues no se trata simplemente de conflictos entre usuarios y trabajadores o de sucesos en los que se constate sin más el enfrentamiento abierto pero localizado entre las fuerzas del capital y del trabajo. Se trata de algo que consideramos aún más profundo por cuanto estos litigios públicos parecen expresar los oscuros *efectos* de una derrota política sobre cuyos restos se enfrentan hoy, furiosamente, trabajadores contra trabajadores.

La vieja ciudad de Buenos Aires resulta ser entonces una ciudad crispada, una ciudad intolerante especialmente con los vencidos –y con todos aquellos que osan hablar en su nombre en virtud de la fortaleza transitoria que pueda otorgarles el lugar estratégico que ocupan en el régimen de circulación de cuerpos y mercancías–. Quienes osan demorarse, parar, o, sencillamente, detenerse en la pregunta por la justicia distributiva, se enfrentan hoy al corazón mismo de la liquidez, cuya figura subjetiva, el *usuario*, otrora impensado y orgulloso ciudadano trabajador, no se reconoce ya fraternalmente hermanado a otro trabajador, ni desea cuestionar el victorioso gobierno *público-privado* de la empresa por la empresa, pues para aquel que se reconoce *naturalmente* usuario, el trabajador no puede más que un ser un enemigo, ya potencial, ya actual, lastre de un pasado que es preciso olvidar para que la ciudad ansiosa y vehemente funcione, para que no deje *jamás* de funcionar.

Es por ello que junto al olvido del *cementerio húmedo*, junto a las visibles y monumentales arquitecturas que han pretendido negarlo, quizás debamos colocar otras construcciones, menos visibles tal vez pero no por ello carentes de soberbia y eficacia, que buscan ahora negar todo *resto activo* de la figura del trabajador, con sus relatos y

memorias, con sus derechos a la protesta y al amparo, con las tramas ciudadanas que solían producir esas memorias, esas protestas y esos amparos.

Conjeturamos pues que entre aquella licuefacción siniestra y real de los cuerpos que lucharon por otra configuración de la ciudad y la actual licuación simbólica de los trabajadores como clase, hay ligaduras que se expresan en conflictos que nos colocan ante la emergencia enloquecida de una nueva ciudad, la contemporánea ciudad con sus inviolables fragmentos territoriales, con sus recorridos tabicados para el *uso* y *consumo* de los turistas, en la cual el trabajador y su precaria autoconciencia representan, como hemos dicho, un lastre del pasado, tan parecido al lastre que suponía en un pasado no tan lejano la serpiente acechante del conurbano para una ciudad como Buenos Aires que buscaba emular espejos europeos; el mismo lastre, en fin, que hoy representa esta vieja ciudad impotente para esa nueva ciudad que resulta ser Puerto Madero y sus extensiones, ciudad erigida en las artificiales y fantasmales orillas del río sin orillas.

Se trata pues, menos de territorios comunes que de fragmentos de vida protegidos que desconocen toda vecindad en nombre del vecino, toda otredad en nombre del otro, toda libertad en nombre del hombre libre. Territorios subjetivos que anhelan borrar las marcas todavía húmedas de un pasado cuya solidez tozuda y rugosa resulta necesario licuar y alisar para disfrutar fugazmente del ejercicio que por definición es lo opuesto a lo común: el consumo individual de cuanto objeto pueda costearse.

Notas

¹ La cita escogida no deja de tener algo arbitrario en función de los usos que aquí pensamos otorgarle. Martínez Estrada se refiere a la antigua ciudad, aborigen, bárbara, tenaz, que “aflora por instantes” y nos provoca un profundo temor, ese “miedo a los campos que yacen bajo el pavimento, como si de pronto pudieran surgir hordas que nos pasaran a cuchillo”. En nuestro caso, esa otra ciudad reconoce otros orígenes que los postulados por el ensayista argentino, pero sabe también de los ecos estradanos del “pavor mortecino, húmedo, terrestre y antiguo que también brota al menor descuido”. Ver MARTÍNEZ ESTRADA, E., *La cabeza de Goliat*, Bs. As., Losada, 2001, p. 23 y ss.

² Los patéticos y racistas enunciados que se suscitaron en ocasión de la mediática apertura de un comedor comunitario en el corazón mismo de sus calles no son más que un síntoma de la idea de comunidad que asiste a sus habitantes.

³ La misma sensación deja el proyecto en construcción de esa primera ciudad completamente privada llamada NORDELTA. Un artefacto que no tiene ligazón con el territorio y que está pronto a despegarse de él. Lo náutico retorna como metáfora invariante de la moderna libertad comercial.

⁴ Con su habitual lucidez Juan José Saer conecta esta pretensión de borramiento con el seudónimo adoptado por el jefe del Grupo de Tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, el Almirante Massera que se hacía llamar Comandante *Cero*: “Después de los fusilamientos en masa, de los prisioneros embrutecidos con pentotal y tirados vivos al mar o al Río de la Plata desde los aviones o los helicópteros navales, de las fosas comunes llenas de huesos calcinados, de las violaciones colectivas, del tráfico de recién nacidos, de los culatazos, de las exacciones, la extorsión, debía salir, a partir de *ceros*, el nuevo mundo regenerado, sin memoria y sin conflictos.” SAER J.J. *El río sin orillas*, Bs. As., Seix Barral, 2006, pp. 196-197.

⁵ Esta dificultad se revela sintomáticamente en el orden del *discurso político*: una ciudad como Buenos Aires, que ha tenido más de diez centros clandestinos de detención durante la dictadura, que construyó autopistas, escuelas y plazas, para tabular lo público de un modo muy particular, será gobernada en breve por quien ha dicho durante la campaña a Jefe de Gobierno que el último sujeto que la ha pensado fue justamente el intendente de la dictadura, el Brigadier Cacciatore. Al respecto, en un penetrante artículo sobre la nueva configuración de la “ciudad de los negocios”, Adrián Gorelik recuerda, por un lado, la operación de *modernización excluyente* llevada a cabo por el antes mentado Brigadier, el sueño de lo que Oscar Oslazk, citado por Gorelik, ha llamado “ciudad blanca” –sueño que, como hemos destacado, se replica en la operación Puerto Madero; pero por otro lado, destaca el modo que durante los años de Carlos Grosso en el poder se fue perfilando una nueva configuración urbana, un tipo de ciudad que al consagrar políticamente la *experiencia shopping*, ha quebrado la relación entre lo público y lo privado y las maneras en que ésta garantizaba “la vida económica y política del artefacto ciudad”. Ver GORELIK A., “La ciudad de los negocios” en *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Bs. As., Siglo XXI, 2004, pp.189-206.

⁶ En este sentido no deja de tener su lógica el tratamiento que a dichos conflictos le otorga esa verdadera empresa de empresas que busca gobernar el régimen de la opinión pública: el conglomerado de radios, televisoras y diarios más importantes, para quien el universo que supieron proponer esos derechos implica hoy una *rugosidad*, tan áspera como inquietante a los efectos de la circulación líquida del capital.

CIUDADES

LA CIUDAD CRISPADA

POR Guillermo Korn

Jamás podremos explicar o justificar la ciudad. La ciudad está ahí. Es nuestro espacio y no tenemos otro.

Georges Perec, *Especies de espacio*

Algunas novelas escriben la ciudad. Esos relatos anticipan –quizás más que la teoría– un territorio que no puede pensarse al modo que los urbanistas proponían, otrora, como armónico. En la ciudad actual la coexistencia, lejos de ser armónica se corroe, se crispa, chirría. Una rápida recorrida de lecturas permite corroborar que el territorio urbano es –como propone Zygmunt Bauman– el campo de batalla de una guerra continua por el espacio, más que un ámbito de producción de la común ciudadanía.

1. El campo viene

...preferían vivir en ranchos levantados en las azoteas de las casas de la ciudad en lugar de construirse en la Periferia. Sergio Chejfec, *El aire*, 1993

En 1992, Sergio Chejfec publicaba la tercera de sus novelas: *El aire*. Un marido abandonado por su esposa se va dejando estar en un estado de tedio y lentitud, semejante a su desplazamiento por una Buenos Aires que le resulta ajena. El deterioro de las casas, el aire que se espesa son algunas marcas de una ciudad con límites que se disuelven. La exaltación de la vida rural y el llamado de la naturale-

za, que sobre el 1900, el dramaturgo Nicolás Granada condensaba en un título (*¡Al campo!*) aquí se modifica. La vuelta *del campo*, no es escape, sino regurgito, sublevación del *subsuelo de la patria* que avanza sobre aquellas napas que han modificado su constitución.

Para los mismos años que la ciudad se expande en altura con grandes torres, *El aire* da cuenta de un crecimiento similar pero corrosivo: ranchos que se levantan en las terrazas. Ese pasaje modifica el modo de percepción: “su carácter de falla social para empezar a ser vista como incapacidad individual...” Las soluciones no apelan a la trama social, sino a emprendimientos particulares como el armado de huertas en los balcones.

La novela anuncia una situación que se efectivizaría años después a partir de la proliferación de monedas y bonos provinciales, y luego, con las redes de trueque que valorizaban los intercambios en créditos. En *El aire* hay un tipo de moneda paralela. El precepto VIDRIO ES DINERO reemplaza al anterior, el mezquino “tiempo es dinero”. Las mercancías se intercambian por un pago con botellas. La clásica división entre tres ramas de la economía se ve reducida a una que no entra en ninguna de ellas. Las “tribus flotantes” de las que habla el narrador, pululan por calles donde cada uno se hace propietario de lo que antes se desechaba: las botellas vacías.

2. Fronteras

Y con el crepúsculo salía una población extraña, provista de sus propias leyes. Venía de suburbios lejanos, de las villas, de lugares que Ferdie no terminaba de imaginarse del todo y que quizás eran el desierto inimaginable. Eran los cirujas, los cartoneros, que se movilizaban con carritos de madera que arrastraban ellos mismos, siempre con mujeres y niños. Su momento era la caída de la noche, entre la hora en que la gente sacaba la basura y el paso de los camiones que se la llevaban. Abrían todas las bolsas en busca de lo que les servía, las examinaban con mirada precisa en el fin ceniciento de la luz y en las sombras subsiguientes. Y aunque debía de ser una vista precisa y penetrante, era oscura, y Ferdie nunca había visto sus ojos. [...] Aunque pacífica, la invasión tenía un regusto amenazante, porque esos seres traían consigo una clase de necesidad que estaba ausente en las idas y venidas de la gente de Flores. Era como si vinieran a plantear una cuestión de vida o muerte: si no hacemos esto, perecemos. César Aira, *La guerra de los gimnasios*, 1993.

En esa larga cita se anticipa, como excepción, lo que años después sería una constante: la presencia de los desplazados en el pai-

saje urbano. Lo que en Chejfec aparecía como anticipatorio, en Aira es testimonio. Otros esperaron a que un presidente huyera en helicóptero para percibir la crisis. En este breve pasaje aparecen varios elementos: por un lado la frontera: entre quienes se mueven a la luz del día y quienes necesitan hacerlo a oscuras, casi a hurtadillas en el amparo de la nocturnidad. En el mismo plano, la luz, el juego de las miradas: vista precisa y penetrante pero oscura y desconocida para el vecino de Flores. Lo oscuro y desconocido ligado a la noche trae otro elemento lacerante: el peligro, la amenaza, la invasión pacífica de los desiguales. Sus prácticas radicalizan las opciones: esto o la nada; la vida o la muerte. El circuito de lo ilegal, el cirujeo, la competencia con los horarios de la recolección “normal” de residuos, el rebusque entre los desperdicios los coloca en la frontera de lo humano. Como el límite que implica la avenida Bonorino, en el barrio de Flores, con *La villa* (2001). Frontera Bonorino: zona de intersección entre los vecinos de Flores y los cartoneros de la villa. Más allá de la avenida se abre un sitio desconocido, bajo el cambiante lucerío de las casillas, como límite que no debe franquearse. La ciudad se fragmenta en zonas que más que transitarse, suponen un régimen de entradas y salidas. Como ha dicho Denis Merklen, la villa se convierte en pasaje moral y cerrado: se “entra” y se “sale”.

Fragmentación también porque nuevos atrincheramientos se buscan ante las “amenazas”.

3. Repliegues

Cerrar las puertas (el shopping)

No me pregunten a que huele un shopping. Sabe a pollo frito, a perfume Kenzo de 100 dólares y a desodorante de ambientes. Todo mezclado. Dicen que los shopping center son los museos de la vida contemporánea. Mi amiga conoció a su nuevo novio en el shopping, y allí mismo, unas semanas antes, una tarde en que la lluvia se estrellaba contra la cúpula de vidrio que se alza allá en lo alto, presencié un acontecimiento por demás extraño. Recuerdo bien esa tarde de lluvia. Buenos Aires era el lugar más inhóspito que imaginen. No había lugar más acogedor en el mundo que el shopping. Y lo mismo que yo, había pensado un millón de personas, imagínense. Laura Ramos, *Buenos Aires me mata*, 1993

En Buenos Aires casi todos los shoppings existían a partir de edificios previos: mercados, silos, lujosos caserones del Barrio Norte. Era evidente, en cambio, que éste había surgido a partir de la nada. Elvio Gandolfo, *Boomerang*, 1993

En la crónica aparece una imagen que, bajo un dejo irónico, consagra la modernización de un nuevo ámbito urbano que aglutina la elección por un espacio acogedor, cerrado, que permite olvidar las contrariedades y lo complejo del afuera. Lugar de encuentro entonces, y también, de ligue. A sus puertas, la ciudad inhóspita.

Los shoppings innovan en las concepciones urbanas, pero también se asientan respetando las heterogeneidades y jerarquías previas. En el uso del espacio, en el plano material y en el geográfico: si se traza una línea con la ubicación de los distintos shoppings puede observarse que la mayoría está demarcada de la Avenida Rivadavia hacia el norte de la ciudad. En Buenos Aires se buscó reciclar construcciones ya existentes y no dinamizar otras zonas, como en los casos europeos. Esos “simulacros de ciudad” (como los llaman Graciela Silvestri y Adrián Gorelik) llegados tardíamente a estas tierras, se instalaron como revitalizadores de centros urbanos desmejorados. El geógrafo David Harvey explicaba que en Europa esos espacios se habían reorganizado siempre de un mismo modo: “el capital inmobiliario se apodera de un área de la ciudad que está muy venida abajo, espacios que han pertenecido tradicionalmente a la clase obrera –sus lugares de vivienda, de trabajo, fábricas, depósitos industriales– son remodelados completamente de acuerdo con el mundo burgués de hoy. Construyen una serie de grandes shoppings centers y ese espacio es transformado así en un nuevo centro de la ciudad.”¹

El shopping como espacio artificial de puro tránsito, donde las cosas funcionan y se compra o desea lo que no puede comprarse. Aísla del contexto, amontona para evitar cruces peligrosos y somete los cuerpos al roce para evitar roces con los que quedan fuera del recinto.

En las afueras (el country)

Años atrás se habían instalado cámaras que giraban trescientos sesenta grados, pero fueron desactivadas y reemplazadas porque invadían la intimidad de algunos socios cuyas casas se encontraban cerca de los límites. Claudia Piñeiro, *Las viudas de los jueves*, 2005

Sobre los *countries* se sabe más por los diarios que por la propia experiencia. Sea por los suplementos de los sábados dedicados a esos sitios y donde se despliegan generosos mapas de sus localizaciones; sea por su reverso trágico, en las páginas de policiales. La recurrente aparición de nombres como el de María Martha o Norita relativiza las generalidades del título de Maristella Svampa sobre la vida en los barrios privados: *Los que ganaron*.

Otra vía es la publicitada novela de Claudia Piñeiro. De ella dice Marina Kogan que tiene “una escritura explicativa por demás, con argumentos que oscilan entre el sentido común y los lugares comunes, podemos decir que *Las viudas de los jueves* es una novela para *lectores de diario*” o mejor aún, “es un test de lectura y de seguimiento de las noticias permanente”.²

La máxima expresión de esos singulares espacios es el complejo Nordelta, promocionado como la “primera ciudad pueblo de la Argentina que le ofrece un verdadero cambio en su calidad de vida. Un espacio ideal para disfrutar del río, el verde, el aire puro.” La publicidad de su página web distingue las ventajas que presenta en tanto nueva ciudad: vivienda, salud, educación, shoppings, centro de oficinas, deportes, recreación y cuáles en tanto pueblo: la tranquilidad y seguridad. Unas décadas atrás, un barrio *privado de...* era un conglomerado que carecía de todas esas ventajas, ahora la privación alude a ser propietario de esas mismas virtudes, pero de manera exclusiva.

4. Al límite

32

Todos querían quemarla, declararla inútil, yerma, se dice, evacuada por la fauna y hacer negocios. Mover guita. Toneladas de guita. Poner bancos, restaurantes, casinos clandestinos, hoteles, quilombos, emprendimientos así. Esta ciudad no puede imaginar otra cosa. [...] Cruzar los cordones de seguridad de la policía es como pasar de un sistema a otro con la idea de que ninguno de los dos te arregla las cuentas pendientes. En Puerto Apache la guardia está reforzada. Hay más hombres, más palos, más piedras, más pasamontañas, más bronca, más fuego, más humo. No muy lejos, un poco más allá, gris de hollín y medio desmantelado por el viento, se lee todavía el cartel que pusimos a principio de año: *Somos un problema del siglo XXI*. Juan Martini, *Puerto Apache*, 2002.

En *Puerto Apache*, la Rata, protagonista y narrador, se ubica con una doble pertenencia territorial, por un lado vive en las tierras

tomadas frente al dique 4 de Puerto Madero y desde allí transita la ciudad. *Puerto Apache* es movimiento constante: se rota de bando en el negocio de la droga, se está con una u otra mujer, los que manejan la zona son cuestionados, y la traición es amenaza permanente. Ese lugar —que condensa en su nombre alusiones a zonas reconocibles y fuertemente contrastantes: Puerto Madero y Fuerte Apache— encierra peligros, por las disputas internas, los intentos por retomar ese espacio y darle otro destino a la zona. La única solución es irse. Cruzar el puente. “Entrar en la ciudad” y ver qué acontece del otro lado. Transitar las fronteras internas que atraviesan la ciudad.

Pero no todas pueden pasarse a voluntad. El futuro ya llegó, pero siempre puede ser peor. El geógrafo alemán Michael Janoschka da una cifra estremecedora, “cuatrocientos cincuenta barrios privados y nueve megaemprendimientos —para varios miles de habitantes cada uno— son el producto de una década neoliberal sin antecedentes, ocupando un espacio equivalente al doble de la Capital Federal”.³ Otro pronóstico es que en 30 años estará configurada una megaciudad que una la ciudad de Rosario, el área metropolitana de Buenos Aires y La Plata.

Megalópolis, escribe Olivier Mongin. Y ya no ciudades, porque las nuevas tramas urbanas no ciudadanizan ni son espacio de una experiencia pública. Lo común ya no porta su inscripción territorial.

Notas

¹ En “La cultura de la fragmentación”, entrevista de Analía Effron, en *Crisis* N° 68, marzo de 1989.

² En “Narraciones post 2001: avatares del realismo inverosímil”, en la revista virtual *El intérprete* N° 29, de diciembre de 2006.

³ “El modelo de ciudad latinoamericana. Privatización y fragmentación del espacio urbano de Buenos Aires: el caso Nordelta”, en *Buenos Aires a la deriva*, Max Welch Guerra (ed.), Biblos, Bs. As, 2005.

33

CIUDADES

LA GESTIÓN BIOPOLÍTICA DE LO URBANO

POR Fernando Gallego

A la memoria de Bob y Roy

1. Concepto y perspectivas de la ciudad contemporánea

La ciudad contemporánea puede ser entendida antes que como vértice de la soberanía territorial o en tanto que espacio arquitectónicamente funcionalizable, en términos de medio adaptable y, por tanto, como el soporte y el elemento de un cierto incremento de la circulación de las acciones sociales, económicas y políticas, como una cantidad masiva de efectos que se afectan unos a otros y afectan a quienes circulan en él y, por sobre todo, como un campo privilegiado de intervención gubernamental. Entendida de esta manera, la ciudad contemporánea es un medio geográfico, social, económico y político no tanto de extracción y depósito de productos como de concentración e intensificación de los procesos de producción y acumulación: producción geográfica de espacio que hace posible la acumulación de emplazamientos, producción social de vida que permite la acumulación de población, producción económica de conexiones que torna viable la acumulación de trabajo y producción política de administración que maximiza la acumulación de utilizaciones.

Desde esta perspectiva, entendida en su dimensión de medio geográfico, la ciudad puede ser considerada como una disposición, un asentamiento, un emplazamiento *sobre* la tierra, más que un simple conjunto de calles y edificaciones, una conjunción de vías y construcciones que recubre, que tapiza el suelo; concebida en su dimensión social, como una población densa y numerosa, esto es, como una intensificación de la aglomeración, del amontonamiento, de la acomunación de los hombres; pensada en su dimensión económica, como la primacía de la industria y los servicios sobre la agricultura o, lo que es lo mismo, como el predominio de los sectores secundario y terciario de la producción sobre el primario; y considerada en su faceta de medio político, como una unidad administrativa relativamente autónoma capaz de sostener la multiplicación y superposición de los usos del espacio a partir de la intensificación de la administración de sus relaciones y correlaciones.

Sea como fuere, la concepción de lo urbano en términos contemporáneos, esto es, en tanto que medio de intensificación de la composición y la afección no se suscita sin forzar un correlativo desplazamiento en las condiciones de su problematización. Considerado de esta forma, el problema mayor de la *ciudad-medio* no es ni capitalizar o centralizar un territorio, ni funcionalizar o determinar el sentido de una circulación sino, por sobre todo, anticipar un desarrollo, esto es, prever el acondicionamiento del medio al devenir del conjunto de procesos que lo constituyen. Entendida de esta manera, la contemporánea problematización de lo urbano - que es en sí misma inseparable de la previsión de su desarrollo en tanto medio de producción y acumulación- implica no sólo la determinación de su concepto sino además el tratamiento del conjunto de perspectivas a partir de las cuales dicho concepto tiende a resultar emplazado en el pensamiento de la ciudad y, más específicamente, el cuestionamiento de la capacidad de la *perspectiva vecinal*, invocada por ciertos aspirantes a la gestión, para aprender las problemáticas propias de la ciudad.

Este interés por atender a la pluralidad de perspectivas a partir de las cuales puede ser abordado el concepto contemporáneo de lo

urbano, depende no sólo de un cierto prurito etnográfico orientado a recuperar la diversidad simbólica y cultural de las vivencias propias de los diferentes actores urbanos sino, ante todo, de la necesidad de poner en cuestión aquella perspectiva que el conjunto de los nuevos aspirantes a la gestión de la ciudad se empeñan en presentar como mirada preferencial: la mirada del vecino. En este sentido, por más que algunos se obstinan en hacernos creer que el vecino implica una perspectiva privilegiada de la ciudad, existen fuertes razones para sospechar que su mirada no logra ejercitarse sin suscitar una necesaria neutralización de los problemas de la ciudad.

Geográficamente, porque el vecino supone una vecindad sólo de *propiedad* y de *derecho*, razón más que suficiente para dudar de la pertinencia de cualquier operación orientada a transformar su figura en un modelo de convivencia. El vecino no vive *en* la ciudad, vive en la propiedad de un domicilio cuya condición de composición con otros emplazamientos depende por completo de la acción de fuerzas externas. En efecto, pocas subjetivaciones urbanas encarnan como la del vecino la ineptitud, la intolerancia y la falta de experiencia a la hora de construir una convivencia. Por lo demás, ni todos los vecinos domiciliados en la ciudad viven en ella, ni todos aquellos que se ven obligados a construir la convivencia, esto es, a trabajar, en la ciudad puede aspirar a apropiarse de un emplazamiento en la misma.

Socialmente, porque el vecino es completamente incapaz de comprender la lógica del residuo y, más en profundidad, el carácter inherentemente entrópico de cualquier producción de vida. En su mente, el circuito de la basura es simple: de su domicilio a la calle, de la calle al exterior de la ciudad. Bajo esta condición, la mirada del vecino no sólo resulta completamente incapaz de pensar la estrechas vinculaciones existentes entre, por una parte, lo social y, por otra, la basura, los restos, los desechos sino que encarna y expresa una perspectiva por completo incapaz de reconocerse a sí misma como productora y acumuladora de la basura en la que vive y que, por esa misma razón, resulta completamente inepta a la hora de colaborar en el diseño de las condiciones que permitirían su completa reutili-

zación, esto es, su reintroducción en el mismo proceso social de producción de lo urbano.

Económicamente, porque el vecino es incapaz de concebir la ciudad en términos de trabajo. En la mirada del vecino, la ciudad es un lugar contemplable, curable, controlable, pero de ningún modo un lugar donde trabajar. Se trabaja en la oficina, no en la calle. La ciudad no es más que un nexo que articula su propiedad con el resto de las propiedades de los propietarios, esa molesta distancia que lo separa del lugar donde obtiene su salario o accede a la posibilidad de vivir de la vida de otros. Cuanto mucho, el medio de ingreso y egreso para el ganado que le permite vivir, un polo de atracción y repulsión para cabecitas, villeros y bolitas, en fin, cualquier cosa menos un lugar donde parar, donde detenerse, donde descansar, en fin, donde tomarse un respiro a fin de poder continuar produciendo algo. Bajo esta condición, hay razones más que suficientes para dudar de la pertinencia de las soluciones que la mirada del vecino puede ofrecer al problema de la circulación: bien nuevas vías rápidas de acceso y egreso, bien licencia para atropellar a aquel que se anime a obstaculizar su paso.

Políticamente, porque el vecino no aspira a otra cosa distinta que a una gestión que lo asegure imaginariamente en su necesidad de protección. En efecto, en tanto el agenciamiento de su convivencia depende de la acción de fuerzas externas que ni conoce ni controla, la perspectiva vecinal ni puede sentir antes los desarrollos de la ciudad otra cosa que miedo, ni es capaz de proponer para la administración del desarrollo urbano algo distinto que una panoplia de fantasías de protección militarizada por las cuales ni siquiera está dispuesto a pagar.

De cualquier manera, la exposición del conjunto de razones que permiten invalidar la mirada vecinal entendida como perspectiva privilegiada para el emplazamiento del pensamiento de la ciudad, no debería ocultar el hecho de que la apelación retórica a las necesidades del vecino-habitante ejercida por discurso de la gestión aspirante a la administración de la ciudad resulta en sí misma un síntoma más que interesante. En primer término, porque permite

38 precisar la materia que sirve de encarnación a dicha mirada: la figura de ese porteño quejoso, precoz e intolerante que recorre las calles de Buenos Aires vestido con piel de cordero y que no cesa de balar a cada paso la elegía de sus aspiraciones insatisfechas: una ciudad libre, limpia y linda, en fin, una ciudad segura. Entendida según estas aspiraciones, el éxito de la futura gestión orientada al aseguramiento de la ciudad resulta fácilmente determinable: disolver lo más rápidamente posible los obstáculos que se han generado hasta el momento, ocultar lo más silenciosamente que se pueda la fealdad que no cesa de producirse, acotar al máximo las infecciones que no cesarán de suscitarse. Pero la atención a la apelación al vecino ejercida por la futura gestión no sólo precisa las condiciones de su éxito, permite además aislar uno de sus rasgos característicos, aquel capaz de ejemplificar en el más alto grado todo el carácter retrógrado de su propuesta: el hecho de que su interpelación del habitante urbano *como* vecino, esto es, como próximo, como cercano, como habitante de la vecindad, es en sí mismo inseparable del interés por reconducir cualquier posible problematización de la ciudad desde la perspectiva propiamente deslocalizada, universal y abierta en que se ésta constituye históricamente, hacia una mirada local, particular y cerrada contraria en todo a las propias necesidades del desarrollo urbano. Por último, porque en su mismo abandono tanto de la figura del súbdito privilegiado de la binaria ciudad medieval como de la del ciudadano normalizado de la uniforme urbe moderna, tiende a redundar en una suerte de indirecta confirmación del ingreso de la ciudad de Buenos Aires en su fase propiamente contemporánea, esto es, en aquella fase que es correlativa de la primacía de la imagen de la ciudad voluble de la *regulación* por sobre los modelos de la ciudad territorial de la soberanía y la ciudad arquitectónica de la disciplina, una fase que la mirada vecinal resulta por completo incapaz de comprender.² Es preciso conminar al vecino a su justa humildad. Su mirada resulta útil, cuanto mucho, para pensar el barrio, el emplazamiento de una vecindad de propiedades, no la administración de una mega-ciudad como Buenos Aires.

2. La distorsión vecinal de los problemas urbanos

Considerada *geográficamente*, la ciudad es una disposición sobre la tierra cuyo problema no es la falta de lugar (escasez de viviendas) sino la apropiación del espacio y de la producción de espacios que limitan el acceso a la vivienda. En efecto, la ciudad no recubre la tierra sin descubrir en esa misma operación la superposición de planos y, por ello mismo, la edificación vertical como la resolución al problema de la escasez de espacio en la producción de volúmenes habitables. Bajo esta condición, el problema geográfico de la ciudad nunca es el hacinamiento sino la limitación del acceso a la vivienda que lo genera. Pero para el vecino el problema pasa siempre por otro lado. Antes que *disponibilidad* de la vivienda, *ocupación ilegal*: ocupación geográfica del inmigrante ilegal, ocupación social del ocupante, ocupación económica del trabajador recuperado, ocupación política del asambleísta que se empeñan en vivir allí donde no deberían. Al respecto, es en tanto que asociada a esta primera gran distorsión suscitada por la mirada del vecino que la futura gestión a tendido a ejecutar su primera decisión: antes que dejar de alimentar un negocio inmobiliario a punto de colapsar, esto es, antes que quebrar la subordinación de la producción de espacio a un modo de apropiación que se opone a la habitabilidad y la disponibilidad de viviendas, incentivar el desarrollo de nuevas formas de expulsión de los sobrantes.

Entendida *socialmente*, la ciudad es una concentración de población cuyo problema no es la generación de restos y residuos sino la incapacidad para tratarlos y reinsertarlos en el proceso productivo. Bajo esta condición, la cuestión no pasa tanto por el amontonamiento de residuos como por su aislamiento respecto del resto del proceso productivo. Pero en la mirada del vecino esta cuestión no puede sino deformarse. Su problema es la *visibilidad de la basura*: visibilidad geográfica del cartonero, visibilidad social del anciano, visibilidad económica del discapacitado, visibilidad política del delincuente. Es que el vecino es por completo incapaz de vivir la marginación como un problema. ¿Cómo podría hacerlo si no vive la ciudad más que como un recíproco aislamiento? Subordinada a esta

particular concepción de la problemática social urbana es donde la futura gestión de la ciudad ha realizado la segunda de sus elecciones: antes que reconocerse en la basura de la que emerge y en que debe tratarse, perfeccionar la lógica de la desaparición de los restos, de los sobrantes, de los super-numerarios.

Concebida *económicamente*, la ciudad es una intensificación de la interacción laboral cuyo problema pasa antes que por el bloqueo de los desplazamientos, por la multiplicación de las desconexiones. Desde esta perspectiva, la cuestión económica fundamental de la urbe contemporánea no es la obstaculización del transporte sino ese desinterés por conectar el trabajo con el trabajo que no se orienta contra el propio desarrollo de la ciudad sin conminar a buena parte de sus habitantes a la necesidad de interferir los desplazamientos. En este contexto, la mirada vecinal no puede ser entendida más que como deformación de la cuestión. Es que el problema del vecino no es tanto la falta de trabajo como el conjunto de las demoras que tienden a ralentizar el tránsito entre su vivienda y su trabajo. Dicho rápidamente, el problema del vecino no es la desconexión laboral sino las molestias generadas por los desconectados (*demora piquetera*). ¿Cómo podría formular de otra manera su cuestión alguien que no es capaz de habitar la ciudad sino en la expectación de escapar, al menos una vez al año, hacia una vida mejor, hacia un lugar más confortable y atractivo? Preocupada por aliarse a esta singular manera de vivir la ciudad encarnada en el vecino es que la futura gestión ha tendido a determinar la tercera de sus opciones: antes que intervenir sobre la producción de conexiones laborales, por una parte, maximizar la producción de vías rápidas y, por otra, intensificar la reducción de la protesta social al rango de mero espectáculo o, lo que es lo mismo, avanzar aún más en la empresa dirigida a desconectar la capacidad de protestar de los desconectados.

Pensada *políticamente*, la ciudad es un incremento sostenido de la pluralización, la co-implicación y la complejización de los usos y funciones del espacio. En este sentido, el problema urbano contemporáneo no es tanto el aseguramiento de ciertos usos y funciones como el tratamiento y el cuidado de los conflictos resultantes de su

recíproca implicación. Sin embargo, desde la mirada del vecino el problema está en otra parte: antes que en el tratamiento de la violencia, en el desarrollo y perfeccionamiento de aquel conjunto de formalizaciones que tienden a hacer posible la construcción de una *imagen de acuerdo* en torno a los usos y funciones. Entendido de esta manera, el problema político de la ciudad contemporánea no puede sino deformarse en tanto la atención se desplaza necesariamente desde el tratamiento y la atención de los efectos resultantes de una cierta implicación recíproca de usos y funciones hacia el establecimiento y la determinación de una forma correcta para todos y cada uno de los implicados, esto es, de un modelo capaz de permitir la completa desatención de la cuestión de la violencia en la singularidad de sus condiciones de efectuación. En efecto, ¿cómo podría plantear de otro modo la cuestión política de la ciudad alguien capaz de creer que puede vivir correctamente? Sea como fuere, aquello que resulta difícil de negar es que sólo en tanto que fascinada por esta cuarta distorsión vecinal la futura gestión ha logrado resolver su cuarta deliberación: antes que atender a la lógica de las afecciones suscitadas en la recíproca implicación de una multiplicidad de usos y funciones singulares de lo urbano, orientarse hacia la administración imaginaria de la ciudad, esto es, hacia la producción de una imagen linda, limpia, libre y segura de la misma.

3. La futura gestión urbana como administración de una imagen aceptable de la ciudad

Referidas a las dimensiones de su concepto, las cuestiones centrales de la ciudad contemporánea son cuatro: el problema geográfico del acceso a la vivienda; el problema económico del acceso al trabajo —entiéndase bien, al trabajo, no al lugar de trabajo; el problema social de la proliferación del aislamiento, y el problema político de tratar una violencia que no puede dejar de suscitarse en un medio caracterizado por la constante intensificación de la implicación recíproca entre usos y funciones del espacio radicalmente heterogéneos. Pero referidas a la mirada del vecino, estas cuatro cuestio-

nes no pueden más que deformarse: la necesidad de construir más y mejores viviendas en la cuestión de la ocupación ilegal –y, por qué no, inmoral– de la geografía de la ciudad; la preocupación por desactivar la producción de aislamiento en el interés por invisibilizar la basura socialmente producida; la necesidad de producir nuevas conexiones laborales en la búsqueda de nuevos mecanismos orientados a disolver las protestas que obstaculizan los recorridos prefigurados de la ciudad; y el interés por tratar las condiciones singulares de efectación de la violencia en el diseño de un consenso formal e imaginario para los usos y funciones del espacio.

Aun así, la perspectiva vecinal cortejada por la futura gestión no sólo comporta el ejercicio de una distorsión en torno de las principales cuestiones urbanas, supone además el despliegue de una mirada que sólo puede comprender el carácter intrínsecamente móvil, variable, informal de la urbe contemporánea como contrario al ideal de lo urbano a que se debe aspirar. En efecto, entendida en sus líneas generales, la concepción de lo urbano que emana del vecino no es más que el resultado de la condensación –el punto de convergencia ideal– de una serie de oposiciones ejercidas cada una de ellas contra uno de los rasgos característicos de la ciudad contemporánea, esto es, la suposición de la ciudad como lugar inhabitable, la tramitación de su recorrido bajo la forma de una molestia, la aspiración a la completa privatización de los encuentros y la pretensión de reducir la diversidad de los usos, la pluralidad de sus funcionamiento a una mera formalidad. Es que en la mirada del vecino, la ciudad ni siquiera es un lugar donde vivir. La mejor confirmación de ello es que ningún vecino soñaría siquiera con vivir en las calles. El lugar para vivir es la casa. En su concepción y su práctica de la ciudad no hay vida posible. Y sin embargo hay quienes viven *en* la ciudad, quienes no podrían vivir sin vivir no de ella sino en ella. Este y no otro es el nudo de negatividad encarnado por el vecino: suponer, sostener, pretender que sólo es posible vivir de, contra, o a través de la ciudad pero nunca *en* ella.

En cierta forma, esta modalidad idealmente contraventora de la naturaleza inherentemente mutable de la ciudad contemporánea

propia de la mirada vecinal, una mirada que desconoce la ciudad no como viviente sino como medio y lugar de la vida, es tal vez la principal razón que ha tendido a inclinar a su favor las preferencias de los futuros aspirantes a gestores de la ciudad. En efecto, si entregada a su fase contemporánea la ciudad se presenta no sólo como el lugar por excelencia de la revuelta, sino además como aquel medio en el cual que cualquier suceso puede devenir un acontecimiento político, entonces el ejercicio de cualquier proyecto de gestión que se interesa por el desarrollo de las potencialidades urbanas pero sólo en tanto aspira a sacar provecho del mismo y, en definitiva, a colocarlo a su servicio, necesariamente debe proceder a partir de una forma de visualización de lo urbano que no logre atisbar dichas potencialidades de desarrollo geográfico, social, económico y político sin desvalorizarlas. Sólo bajo el supuesto de su alianza con una perspectiva que entienda la mutabilidad urbana, en mejor de los casos, como molestia puede la futura gestión de la ciudad aspirar a disponer del conjunto de condiciones de mansedumbre necesarias para orientar los vértigos y precipitaciones del desarrollo urbano hacia el lugar que más le convenga.

Correlativamente, en ningún otro lugar más que en esa futura gestión de la ciudad podría encontrar la mirada del vecino una confirmación y un aseguramiento tan directos del conjunto de sus temores: la modulación constantemente deformada de una imagen ideal geográficamente linda, económicamente libre, socialmente limpia y, en definitiva, políticamente segura de la ciudad. Este y no otro es el punto en el cual el abanico entero de las propuestas de la futura administración tiende a coincidir: si se anhela gobernar, lo importante es gestionar una cierta imagen de la ciudad, una imagen agradable a ojos del vecino, una imagen que capaz de satisfacer, al menos idealmente, sus anhelos de erradicar de una buena vez las villas y disolver el emergente problema de los ilegales (*abrir paso al vecino-emprendedor que necesita más negocios inmobiliarios*), de terminar con el estorbo de las manifestaciones y alisar definitivamente el espacio transitable (*atender al vecino-conductor que aborrece la protesta social tanto como a los lomos de burro*), de permitir la rápida

desaparición de los desechos y las aguas pluviales reactualizando bajo nuevas condiciones la lógica de otras desapariciones (*inmunizar al vecino-saludable de cualquier mal social*), en fin, de multiplicar la vigilancia a fin de tornar viable la constante supervisión formal y militarizada de los usos del espacio urbano (*proteger al vecino-víctima que teme ser dañado*).

Amenazado por esta nueva alianza entre los que no quieren más que conservarse y los que aspiran a disponer todo a su servicio, el pensamiento de la ciudad contemporánea enfrenta uno de sus más actuales dilemas. Está claro que hay maneras bajo las cuales la vida urbana difícilmente pueda ser vivida, esto es, modalidades según las cuales el desarrollo de sus potencialidades vitales difícilmente puede ser distinguido de un camino dirigido hacia la muerte. Una de ellas, sin dudas no la menor, es la negativa a explorar otras modalidades de administración de la ciudad. En efecto, ninguno de los principales problemas urbanos puede alcanzar su resolución en la mera ejecución teatral del rechazo ante cualquier tipo de administración, sino que demanda el ejercicio de una cierta distinción capaz de separar el conjunto de las estrategias destinadas a la mera modulación de una imagen de la ciudad y, subsecuentemente, a la domesticación de su desarrollo, de las intervenciones de gobierno orientadas a instaurar un sistema de protecciones capaces de construir una distancia entre vivir en la ciudad y estarse muriendo o matando. Al respecto, la opción nunca fue entre disciplinar o gestionar la ciudad; la alternativa es entre modular una imagen de lo urbano capaz de contribuir al aprovechamiento de la vitalidad de las poblaciones (erradicar, aislar, alisar y vigilar) y contribuir a producir el conjunto de las protecciones que resultan geográfica, social, económica y políticamente necesarias para sostener e intensificar el desarrollo de las singularidades vitales que la habitan.

Notas

¹ FOUCAULT, M., *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, trad. de Horacio Pons, Bs. As., FCE, 2007, pp. 40-41.

² FOUCAULT, M., *op.cit.*, pp. 28-40.